

Pero ese delirio tiene, para Mario, una explicación histórico-social: «Nosotros éramos hijos finales de una civilización que se acaba y es sabido que el cultivo delirante del placer individual contiene las fuerzas de los hombres siempre que una edad muere».

Explicación que habrá dejado satisfecho hasta al propio Oswald... aunque nunca fuese a reconocerlo. Como la vanguardia argentina, el modernismo no tenía una estética: «Era un estado de espíritu revoltoso y revolucionario que, si a nosotros nos actualizó, sistematizando, como constancia de la inteligencia nacional, el derecho antiacadémico a la investigación estética... también hizo lo propio en el resto del mundo profetizando las luchas de las que nacerá una nueva civilización». Este individualismo de «no hay escuela» y el impulso destructivo, disminuyó, según Mario, la eficiencia creativa del movimiento, pero no su acción espiritual sobre el país, porque «el espíritu va siempre por encima de los preceptos y de las propias ideas».

A continuación señala algunas de las conquistas concretas obtenidas por el movimiento: el derecho a la investigación estética, el debate sobre el portugués de Brasil, la radicación de la cultura, etcétera.

«Los modernistas de la Semana de Arte Moderno no deben servir como ejemplo». Sólo de lección, porque a pesar de las conquistas, Mario se reprocha el haber estado «al costado del camino, espiando la multitud pasar». Por eso recomienda que no se queden en eso, «como espías de la vida, camuflados como técnicos de la vida. Marchen con las multitudes».

Girondo

A diferencia del balance de Borges, el de Girondo, en nombre de los antiguos directores de *Martín Fierro*, abarca todos los aspectos y pretende cierta ecuanimidad frente a los problemas que la vanguardia tuvo que enfrentar. Intenta «una síntesis de su (de *Martín Fierro*) desenvolvimiento, de su significado, y de su influencia en nuestras Letras y nuestras Bellas Artes». «Y un esclarecimiento veraz y detallado de cuanto... significó y significa *Martín Fierro*».

Comienza describiendo el estado de nuestro mundo cultural, antes de la revista: «De nada vale ya en 1909 el futurismo se desgañite y gesticule erróneamente ni que, bajo la influencia de Whitman y de Rimbaud se inicie una época cuya estimación valorativa podrá ser discutible pero que evidenció, como ninguna, la potencia de su ímpetu creador y su indomable espíritu de aventura... aquí no sucede nada».

Después cuenta la génesis de su aparición: la iniciativa de Glusberg, su posterior apartamiento, el grupo inicial y la aparición del periódico bajo la responsabilidad única de Evar Méndez. A lo largo de la exposición divide su accionar en tres etapas, correspondientes a otros tantos períodos: el primero con dirección única; la segunda etapa iniciada después de un *despiadado examen de conciencia*, bajo la conducción de un directorio integrado por el propio Méndez, Girondo, Eduardo Bullrich, Alberto Prebisch y Sergio Piñero; y la tercera nuevamente bajo la monoconducción de Méndez. En cada caso, realiza un exhaustivo detalle de las notas publicadas, los colaboradores, y los contactos con el interior y el exterior, realizados a través de Méndez, Girondo y otros.

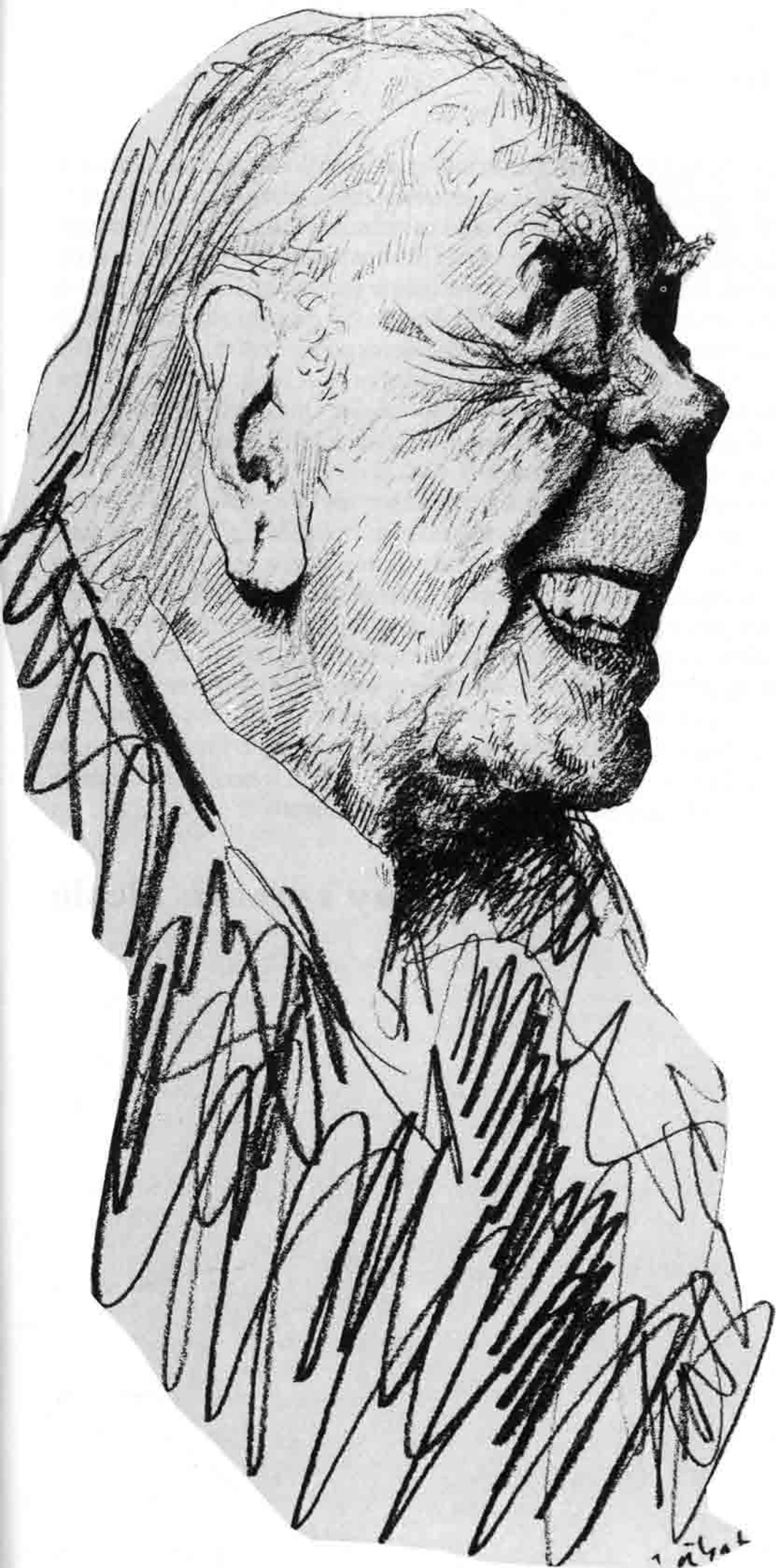
La relación con Lugones se va desarrollando a través del informe, con referencias que dejan al descubierto la ambivalencia a que se hizo mención; refiriéndose al manifiesto *Martín Fierro*, Gironde recuerda: «Don Leopoldo no se encuentra, por cierto, entre los que forman la recua y... es de los primeros en manifestar que lo firmaría sin reparos, demostrando una vez más la simpatía y comprensión con que miraba el desenvolvimiento del periódico». Más adelante aclara que en cuanto a la inmoderada adhesión de *Martín Fierro* hacia Lugones, se deja establecido que ella se limita, exclusivamente, a su obra, puesto que sus opiniones políticas no le interesan en lo más mínimo, lo que marca el inicio de las disidencias con el autor de *Lunario*. Ellas irían a profundizarse con motivo de una serie de artículos que el viejo maestro publica en *La Nación*, donde niega hasta la posibilidad de que la poesía habite estructuras sin soportes tan evidentes ni tan lujosos revestimientos (se refiere a métrica y rima).

Dice Gironde que *Martín Fierro* «reacciona ante esta afirmación, con igual violencia que desenfado. Harto del sonsonete y del ripio, partidario del versolibrismo y del versículo —aunque muchos de sus colaboradores no lo sean—, se asombra de que alguien tan enterado como Lugones cometa un error de este perímetro, aunque la admiración y el respeto que le inspiran su obra y su persona le impidan dudar de la pureza que demostró siempre, hasta en las peores equivocaciones».

El tratamiento cortés para con Lugones, a pesar de la evidente alusión a su ignorancia, se endurece cuando los directores tienen que referirse a «algún colaborador que, entre sonrojos de arrepentimiento, se haya obstinado en olvidar sus múltiples intentos y realizaciones, hasta reducirlos a una remota y archidudosa influencia lugoniana», colaborador que no es otro que Borges, de acuerdo al artículo que comentamos antes. Nótese que, entre este balance y aquella nota en la revista *El Hogar*, han pasado doce años y los vientos tempestuosos aún no han amainado.

Si en el primer período es básicamente literario, a partir de la segunda etapa se transforma en cultural, en el sentido restringido de considerar «cultura» sólo a las expresiones superiores del arte. Se incorporan notas sobre plástica, a las que se le da un importante espacio, al igual que a la arquitectura. De la primera, Gironde reconoce que la revista ha marcado una estética y de la segunda, influido concretamente en la fisonomía edilicia de Buenos Aires. Estas dos disciplinas aparecen, entonces, casi como excepciones a la norma general de que *Martín Fierro* «nunca estructuró una estética propia, ni modeló alguno de los tantos istmos mencionados. Divulgó en cambio, la obra de muchos poetas y escritores... y demostró el fervor con que gran parte de sus colaboradores se adhirió a las tendencias más vivientes y renovadoras... e intentó formar un frente único de vanguardia».

Gironde, como Mario, da gran espacio de su balance a la reseña de las actividades sociales, comidas, homenajes, etcétera organizados por el periódico, casi todos conjuntamente con las otras revistas de vanguardia. Estas actividades eran propias de una generación que no contaba con otros entretenimientos, como la difusión masiva del cine, la intromisión de la televisión en la vida familiar, etcétera, todos ellos marcadamente más individualistas que los después censurados ágapes de nuestros vanguardistas.



Borges, visto por Hermengildo Sábat

A diferencia de los modernistas brasileños que, como Oswald, exigen compromiso total con la política, o como Mario, que se reprocha haberla mirada desde fuera, los martinierristas ratifican su apoliticidad, en varios trechos del balance. Una de las oportunidades, la de la polémica con Boedo: «Martín Fierro no pertenece ni a la derecha, ni a la izquierda, ni al centro... por la sencillísima razón de que nunca ha pretendido ser más —ni nada menos— que un periódico artístico literario». Sin embargo su abstención no le impide observar algo que es clave en el análisis de este período social en la Argentina: «Bajo la virulencia izquierdista, todos y cada uno de ellos (*los de Boedo*) pertenecen a la extrema derecha literaria, por su apego al más candoroso y trasnochado naturalismo».

El esfuerzo por mantener al intelectual en su torre de cristal, lejos de la contaminación social, determina la desaparición de la revista *Martín Fierro* y, por ende, la evaporación de los grupos de vanguardia en Argentina. Un nutrido y caracterizado grupo de redactores apoya la candidatura a la segunda presidencia, de don Hipólito Yrigoyen, y pretende que el periódico la sostenga.¹⁹ Evar Méndez les recuerda en una nota que *Martín Fierro* se ha impuesto una absoluta prescindencia política y les señala los peligros que ella entraña para el periódico y para la unidad del movimiento martinierista. Pero ante los violentos ataques con que le contestan y la amenaza de una gravísima escisión, prefiere permanecer fiel a los ideales de *Martín Fierro* y cerrarlo definitivamente».

Las causas de la dilución de los movimientos vanguardistas, de uno y otro país, parecen antagónicas: los brasileños se separan por transitar diferentes líneas ideológicas; los argentinos, por intentar prescindir de ellas. En el fondo, es la sociedad que termina absorbiéndolos para que sus individualidades puedan florecer.

¹⁹ Aunque hoy parezca sorprendente, encabezaba el caracterizado grupo de colaboradores el propio Borges.

May Lorenzo Alcalá